

Carlos GÓMEZ SÁNCHEZ: *José Luis Aranguren. Filosofía y vida intelectual. Textos fundamentales*, Madrid: UNED / Trotta (2010)

## Una deuda que incita a la independencia

*Juan Antonio Ruescas Juárez*

Entre 1994 y 1996 se publicaron las *Obras Completas* de José Luis López Aranguren. Ahora, Carlos Gómez ha preparado una selección de textos fundamentales que se nos presenta con un doble objetivo: el primero, ayudar a que cualquier lector pueda hacerse cargo de los principales ejes que orientan la obra de Aranguren; el segundo, facilitar que el interesado pueda proseguir su estudio en las mencionadas *Obras Completas*, a las que este libro pretende remitir. La antología tiene su origen próximo en la conmemoración del centenario del nacimiento de Aranguren, así como en la incansable incitación de Javier Muguerza. Pero hay otro origen, no tan inmediato y determinado, que debemos buscar en el conjunto de la trayectoria intelectual del editor, tal como veremos al final de estos comentarios.

Los textos se agrupan en seis partes con títulos cuya sola enunciación ya da una idea de la naturaleza y el valor de las obras de Aranguren: escritos autobiográficos; la religión y las actitudes religiosas; la ética y la vida moral; la política y el oficio del intelectual; crítica literaria y otros escritos; y escritos de intervención. Bajo estos apartados temáticos se reúnen una serie de textos que resultarán de interés a lectores muy diversos. Serán útiles a aquellas personas que deseen conocer la figura misma de Aranguren, su personalidad y su peripécia vital; interesarán —cómo no— al lector de filosofía moral; asimismo, ayudarán al conocimiento y la interpretación de la historia reciente de la cultura española, principalmente en lo relativo a su trabajosa incorporación a la modernidad.

*Aranguren: personaje de una narración.*

No incomodaría demasiado a Aranguren que nos refiramos a él como «personaje» pues, como él mismo afirmó, todos somos el objeto de una narración (o

autonarración). Probablemente, aquel que es objeto o protagonista de una narración sufrirá una evolución; sin embargo, habrá de ser reconocido como uno y el mismo a lo largo del relato (al menos en la narración tradicional). Algo de esto hay en la afirmación de Aranguren de que él no fue siempre *lo mismo* pero sí fue siempre *el mismo*.

El lector descubrirá (o recordará) en qué sentido Aranguren no fue siempre *lo mismo*: el joven que vivió temporadas de recogimiento se abriría luego a los aires festivos y extrovertidos de las revueltas universitarias norteamericanas; el discreto participante en tertulias con Eugenio D'Ors llegaría a ser un intelectual de referencia en la sociedad española, interviniendo frecuentemente en la vida pública a través de la prensa; el católico intimista de las «conversaciones de Gredos» terminaría sintiéndose más cómodo bajo la autodenominación «cristiano heterodoxo». Así pues, no extrañará que, en la conversación con Javier Muguerza que cierra la antología, Aranguren describa su modo de ser como «más fiel al tiempo que cambia que al recuerdo de lo que fue».

Y, sin embargo, Aranguren dijo haber sido siempre *el mismo*. Acaso esa identidad sólo sea, en él como en todo hombre, una identidad soñada. Pero poco importa. Porque nuestra vida (son también palabras de Aranguren) no deja de ser un laborioso y titubeante *configurarse* que no deja de ser un *figurarse*.

Así pues, ¿qué elementos de continuidad hay en la narración de la vida de Aranguren? Cada lector los extraerá y expresará a su manera pero, sin duda, uno de los más hermosos y merecedores de comentario es ése que Carlos Gómez destaca al final de su introducción: la «simple prosecución de una moderada pero firme disidencia». Diversas fueron las «disidencias» de Aranguren pero, entre ellas, destaca la que ejerció en el terreno religioso. Quizá sea oportuno relacionar esta disidencia con su autodescripción como «intelectualmente religioso y religiosamente intelectual», actitud que le condujo a lo que podríamos denominar una «tierra de nadie». Tierra ni mucho menos despoblada pero que, desgraciadamente, es con frecuencia desconocida (si no despreciada) por muchos de los que viven en otras tierras de bien clara y definida adscripción. Tierra de nadie que no sólo favorece la convivencia sino que es religiosamente fecunda. Lo expresó bien Aranguren en uno de los textos de esta antología («La religión, hoy») cuando habló de una situación de *liminarietà* que consideraba «muy válida desde el ángulo religioso». Tal es la situación de los que, como dice en ese mismo escri-

to, se encuentran «en la puerta» de las instituciones eclesíásticas, sin importar demasiado si esa puerta es de entrada o de salida.

Un último apunte sobre algo que, con relación a este «no ser *lo mismo* pero sí *el mismo*», se nos plantea gracias a los textos que Carlos Gómez nos propone. En diversos lugares, y a propósito de temas bien diversos, se reconoce una especial sensibilidad de Aranguren que le lleva a observar y pensar la vida humana como una totalidad, de modo que reconoce permanencias (ser *el mismo*) que, sin embargo, no se dan sino inmersas en lo temporal y mudable (no ser *lo mismo*). Así, en su estudio sobre San Juan de la Cruz, tuvo la agudeza de señalar cómo, aun cuando la mística religiosa sea mística del «Instante», el místico abulense no suele separar ese instante de la existencia en su conjunto. Según Aranguren, San Juan de la Cruz vio como nadie esta dimensión de tiempo, de historia y biografía que es intrínseca a la auténtica vida mística. ¿Es mera casualidad que, al hablar del objeto material de la ética, Aranguren trascendiese (sin despreciarlos) los actos y los hábitos para fijarse en la «la asunción existencial» de la totalidad de la vida en su sentido (si bien esa asunción se hace a través de ciertos «actos privilegiados»)? El lector juzgará, pero al menos podemos destacar un hecho: la recurrencia del adjetivo *biográfico*, que Aranguren adjudicó a la auténtica vida mística y también a su forma de hablar de ética.

*La ética y la política. El «oficio del moralista».*

Esta antología nos sumerge en las cuestiones más especulativas de la ética (su fundamentación, la delimitación de su objeto material, el examen crítico de diversas teorías éticas...); pero también nos permite entender de qué modo conjugó Aranguren esa actividad estrictamente filosófica con la atención a las cuestiones sociales, políticas y religiosas, cuestiones que no fueron para él un mero desarrollo más o menos accesorio de la reflexión teórica, sino que son esenciales en la labor de lo que consideró que debía ser un «moralista». De modo que el lector encontrará desde una valoración de la ética kantiana hasta artículos periodísticos a propósito de las cuestiones políticas más puntuales, pasando por el trazado de las relaciones que Aranguren establece entre ética y religión o por la propuesta de un sugerente concepto de democracia.

En lo relativo a la fundamentación de la ética, la raíz de los planteamientos de Aranguren es netamente antropológica, tal como se puede comprobar al leer los fragmentos de la *Ética* de 1958 con los que se abre el apartado dedicado a «La ética y la vida moral». En estos textos, la raigambre antropológica de la ética aparece explicada mediante categorías clásicas (tomadas principalmente de Aristóteles y Tomás de Aquino). Pero son Ortega y Zubiri los que completan la perspectiva, de modo que la tradición clásica es leída a la altura del presente. Por tanto, Aranguren es un pensador de su tiempo, y ello se pone de manifiesto en el hecho de que, como señala Carlos Gómez, la inicial subordinación de la ética a la metafísica habría de matizarse después. Ahora bien, esto no condujo a Aranguren al positivismo ni al escepticismo. Y aquí encontramos el gesto que hace presente la filosofía moderna en su obra pues, como también nos dice el editor, no es otro que Kant quien se encuentra a la base de esta renuncia simultánea al dogmatismo y al escepticismo. Y es que, a pesar de las distancias críticas con Kant, que Aranguren manifestó expresamente, en ambos se reconoce la capacidad para «mantener en vilo y abiertas las preguntas». Quizá el ejemplo más claro de esto sea la «apertura de la ética a la religión» de la que se habla en diversos textos de esta antología. Aranguren no la plantea en términos kantianos y, con todo, muestra en este punto una indudable afinidad con el autor de la *Crítica de la razón práctica*, cuya filosofía puede leerse como un intento de pensar «nuestra fronteriza condición».

Junto a estas cuestiones, el lector podrá conocer la forma en la que Aranguren tematiza la base antropológica de la ética, a través de la distinción entre «moral como estructura» y «moral como contenido». Y, en los textos tomados de *Lo que sabemos de moral* (1967), se nos presenta un tercer elemento: la «moral como actitud», concepto que resulta decisivo porque permite seguir pensando la moral en tiempos de crisis cultural. En efecto: según Aranguren, el *contenido* de la moral puede tornarse cuestionable en épocas de inseguridad, pero lo que nada ni nadie puede arrebatarnos es la *actitud* ética.

Esta actitud ética responde al estímulo de la vida personal y también a la circunstancia social o política. Por eso, como se dice en la introducción de la antología, un «temple» preferentemente ético y religioso no impidió a Aranguren interesarse por las realidades político-sociales de su tiempo. En este campo, la antología da buena cuenta de la cantidad y riqueza de sus aportaciones a través de los textos seleccionados dentro del apartado «La política y el oficio del intelectual», que con-

tiene una más que acertada selección de fragmentos extraídos de obras como *Ética y política* (1963) o *La democracia establecida. Una crítica intelectual* (1979). Algunos de los conceptos que podemos destacar entre los que Aranguren propone en estas obras son: la idea de una relación *difícil* pero *posible* entre ética y política, la diferencia entre *democracia establecida* y *democracia como moral*, o las consideraciones sobre la democracia representativa (donde se introduce una iluminadora distinción entre *representación* y *delegación*). Todos estos conceptos tienen un denominador común: parten de la voluntad de mantener ante lo socio-político esa «moral como actitud» a la que nos hemos referido.

Sin duda, uno de los principales motivos para invitar a la lectura de esta antología es la fecundidad del mencionado concepto arangureniano de democracia. Sorprende hasta qué punto los textos relativos a este tema resultan pertinentes en la tarea de pensar nuestra presente situación social y política. Un buen ejemplo es *El hombre y la política*, conferencia de 1978 que contiene una reflexión sobre el valor y los límites de las instituciones democráticas, esas mismas que en estos días se encuentran tan cuestionadas por diversos movimientos ciudadanos. Allí, la afirmación de que el quehacer político debe ser quehacer moral conducía a Aranguren a hablar de una necesaria concepción *utópica* de la política (pues para él la actitud moral es una actitud que tiene mucho de utópico). Si la democracia plena es una utopía, toda configuración presente de lo político es imperfecta y por tanto criticable. Así, se dice en esta conferencia que las propias estructuras e instituciones de la democracia son, «por su «reverso y en su funcionamiento, limitativas de la plena democracia». Mas, por otra parte, Aranguren no desechaba la dimensión institucional de la política, pues afirmó, en artículos como el del 12 de agosto de 1976 en *El País* y *La Vanguardia*, que la democracia como participación ha de ser necesariamente complementada por la democracia como representación, añadiendo con circunspecta prudencia que es más superficialmente estimulante manifestarse en algaradas que ejercer realmente la democracia. Encontramos, pues, importantes elementos de juicio para reflexionar sobre cuestiones que hoy mismo se nos están planteando: ¿qué significa reclamar democracia real *ya*?; ¿qué relación deben tener «la calle» y «las instituciones»?; ¿qué alcance ha de tener el cuestionamiento de la democracia representativa?; ¿se trata sólo de mantener despierta la reserva utópica y por tanto la actitud crítica, o necesariamente la actitud utópica ha de conjugarse con la propuesta de políticas *posibles*?

*La trabajosa incorporación de España a la modernidad.*

Uno de los aciertos de Carlos Gómez en su introducción a esta antología es dedicar unas páginas a la historia de la cultura y el pensamiento español, ya que el recordatorio de la deficiente incorporación de España a la modernidad nos permite apreciar mejor el valor de la obra a la que se nos introduce. Y no porque Aranguren sea un defensor nato de esa modernidad (para cuya crítica su obra también aporta elementos) sino, más bien, en orden a comprender mejor la situación de la que tuvieron que partir él y otros pensadores de los que, de un modo u otro, es heredero.

Jalones (oscuros y luminosos) de ese pasado señalados por Carlos Gómez son: el «repliegue» de la cultura española acaecido desde el siglo XVI y, consecuentemente, la «exangüe ilustración española»; los primeros esfuerzos de apertura al pensamiento europeo (ya en lo que estrictamente se refiere a la filosofía), que llegaron de la mano del krausismo y la generación del 98; «la empresa modernizadora de Ortega»; el nivel plenamente «europeo» que alcanzó la Universidad de Madrid con profesores como Gaos, García Morente o Zubiri; la fractura de la guerra civil y el exilio (tanto interior como exterior); la instalación de una «escolástica recolada» en las facultades de Filosofía tras la guerra; y, por fin, las «muchas cosas» que en los años sesenta del siglo pasado habían empezado a cambiar. Una de ellas era la filosofía y, en concreto, la ética, cuyo cambio decisivo tuvo como protagonista a Aranguren.

Hay que decir, con todo, que la modernización llevada a cabo por Aranguren no se alza contra el pensamiento aristotélico-tomista como tal, sino más bien contra esa «escolástica recolada» que hemos mencionado y, en general, contra una concepción confesionalista y apologética de la filosofía. Incluso cabría decir que Aranguren recoge lo mejor del aristotelismo y la escolástica. Lee esas tradiciones con libertad, sin tuteladas autoritarias, sin dogmatismos, y por supuesto sin prescindir del pensamiento moderno y contemporáneo. Para comprobar que esta modernización obrada por Aranguren no supone desdén ni mucho menos ignorancia de la escolástica y la filosofía clásica, basta acudir a las *Obras Completas* y echar una ojeada al índice onomástico de la *Ética* del 58, en el que Aristóteles y Sto. Tomás aparecen (junto con Zubiri) como los autores más citados, seguidos –pero ya a cierta distancia– por Kant y Heidegger.

Lo que sí es cierto es que, en España, la modernización pasaba por superar el confesionalismo, la intransigencia y, en definitiva, el miedo, que impedía abrir el cristianismo a la cultura secular y al pluralismo de las sociedades actuales. De ahí la importancia de obras fundamentales de Aranguren, de las que no faltan extensos fragmentos en esta antología, y entre las que es inevitable mencionar *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, *Catolicismo día tras día* (y *Contralectura del catolicismo*), *La crisis del catolicismo* y la colaboración a la obra conjunta *Formas modernas de religión* que lleva por título «La religión, hoy». Como el lector podrá comprobar, en estas obras Aranguren habló abiertamente del protestantismo y su influencia, reivindicó la religiosidad de Unamuno (vista por muchos con recelo), arremetió contra la intolerancia, planteó el valor de la heterodoxia y, en definitiva, contribuyó (muy kantianamente, por cierto) a extender la conciencia de que el abandono de la minoría de edad de la cultura española pasaba por dejar atrás la tutela de la autoridad religiosa.

Ahora bien, para no falsear la perspectiva de Aranguren, hay que recordar que estas opiniones no le impidieron criticar igualmente al Estado cuando, por ignorar la relevancia pública de la religión, no está abierto al diálogo. Y, por otra parte, su independencia frente a tutelajes eclesiásticos indebidos tampoco le impidió sugerir, en «La religión, hoy», que desde la perspectiva cultural «toda nuestra civilización sigue siendo cristiana».

El problema, pues, no es sencillo. Diversos textos de esta antología apoyan la idea de que la modernización de la cultura española no supone negación de la herencia cristiana como tampoco supone, en general, la negación total de la «cultura establecida» (quizá en este punto Aranguren tuviese presente la tesis orteguiana según la cual todos somos *herederos* y quien pretende no serlo es un bárbaro). En efecto, según leemos en un interesante pasaje de *La cultura española y la cultura establecida*, sería un error pensar el trabajo del intelectual como una búsqueda «nihilista» que parte de cero. Mas, por otra parte, Aranguren también sostiene que, en España, la cultura establecida «se había detenido». Por tanto, este problema nada sencillo demanda una respuesta compleja: liberar de dogmatismos la cultura establecida para que pueda seguir siendo fecunda una vez «des-establecida», y recuperar «otros precedentes culturales, tan nuestros como el establecido, pero sofocados por él».

*Recoger y elaborar un legado*

Lo que principalmente pretende esta antología es dejar hablar a Aranguren. Pero ninguna propuesta de lectura es totalmente neutra, por lo que será justo atribuir a la aportación del editor una parte del interés que el libro pueda tener. Era el propio Carlos Gómez quien, en su introducción a otra provechosa antología de textos (*12 textos fundamentales de la Ética del siglo XX*), recordaba que «historiar es siempre seleccionar e interpretar». Pues bien, quien aquí *selecciona e interpreta* lo hace autorizado por un ya importante bagaje de estudio e investigación sobre las cuestiones en las que este libro es relevante. De modo que este trabajo de editor es coherente con toda una tarea intelectual que Carlos Gómez viene desarrollando desde hace años. De ello dan testimonio otras publicaciones que ayudarán a entender el por qué de su interés y su reconocida deuda hacia Aranguren, una deuda «fácil de llevar» porque no supone merma de la propia independencia sino que «incita a ella». Aquellos a quienes interese esta antología leerán también con provecho el estudio de Carlos Gómez sobre Moltmann, sus trabajos sobre Freud, la ya citada antología de textos morales del siglo XX, o sus aportaciones a *La aventura de la moralidad*, que editó con Javier Muguerza. En estos y en otros trabajos se abordan muchos de los temas que Aranguren contribuyó a introducir en la filosofía española y que aparecen en esta antología: las cuestiones de fundamentación de la ética, la religión, el balance autocrítico de la modernidad, las utopías...

Podemos decir, por tanto, que Carlos Gómez lleva tiempo comprometido con la tarea a lo que nos invita en la introducción de esta antología: recoger y elaborar el legado de Aranguren, pero sin mimetismos que él sería «el primero en repudiar».